

XVIII

Jorge y Alicia, habían salido también al encuentro de Luisa. Llegado que hubo al tercer piso, la viajera halló reunidos en el descanso de la escalera á todos los individuos de su familia, grandes y pequeños. Tomó á sus dos hijas en los brazos cubriéndolas de besos, y mientras que aquellas criaturas tan queridas, se agarraban á ella sin permitir que las dejara en el suelo, ella trataba de estrechar las manos de su marido y de su hermana. En cuanto á su rostro, no podía disponer de él, sus hijas se habían apoderado y la devoraban. Marta no interrumpía sus besos más que para decir: ¡Mamá querida, mamá adorada! y Juana, eco fiel de su hermana mayor, repetía sus palabras.

Entre tanto, había podido entrar en el salón. Palpitante, conmovida, hacía señas de que quería hablar y no podía.

—Las niñas te molestan, dijo Alicia, dámelas, las

voy á llevar á su habitación, y las verás en seguida.

—No, no, yo no quiero dejar á mamá, gritó Marta.

—Yo tampoco, añadió Juana.

—Dejadlas, dijo Mme. Leroy. No comprenderán lo que voy á decir.

—Jorge la miró. Sin necesidad de que hablara, sabía ya lo que tenía que anunciarle. Se adelantó hasta ella y tomándola de la mano: ¿Todo está perdido, no es verdad? le dijo.

—Sí, murmuró Luisa bajando la cabeza.

—Lo sabía, replicó él en voz baja. ¡Pobre mujer! Esa era una tentativa insensata.

—Insensata, sí, dijo Luisa con voz más fuerte, levantándose bruscamente; insensata, es verdad... y no obstante, añadió, he creído, he esperado, casi he tocado el fin... sin mi padre que de repente...

—¿Estaba allí? preguntó Alicia.

—Y dónde quieres que estuviera? replicó madame Leroy, animándose por grados y con acento más expresivo, con voz vibrante... ya no se juega en Hamburgo, ni en Baden, ni en Spa; solo se juega en Monte-Carlo... y en Monte-Carlo está. El me colocó frente á la mesa de la ruleta y despues le rogué que se retirase; temía que me atrajese la desgracia. Me pongo á jugar. Gano; el oro se amontona delante de mí... Ya no respiro, ya no pienso, ya no se por qué y á qué he ido.

Mis sentidos, mi alma, mi vida, están concentra-

das sobre aquella bola que salta á través de las casillas negras y encarnadas, sobre aquel monton de oro, aumentándose siempre... No oigo más que este ruido, no percibo más que esta voz que dice á cada golpe: «Haced vuestro juego, señores»... Pero conozco que la suerte me favorece, que estoy próxima á alcanzar la cifra de cien mil francos... Cinco minutos más, y estamos salvados... Se presenta mi padre, me habla, y de pronto la fortuna me abandona... empiezo á perder... pierdo más... pierdo siempre... el monton se disminuye... y desaparece. ¡En fin! ¿qué más os puedo decir? Lo he perdido todo, todo... Al día siguiente, jueves, salí de allí. Debía haber llegado ayer por la noche; pero me encontré en el camino de tal modo fatigada, sufría tanto, que me detuve... ¿De qué me hubiera servido llegar antes? Para anticiparos la noticia de nuestra desgracia, ¿no era mejor dejaros aun algunas horas de esperanza? Además, si no hubiera recobrado mis fuerzas, podía haber enfermado y teníamos necesidad de hallarnos hoy reunidos para acordar...

Esto es todo cuanto tengo que deciros, amigos míos. A vosotros os toca ahora. ¿Ha pasado algo de nuevo durante mi ausencia?

—Nada, dijo Jorge.

—¿No ha adelantado la hora de la visita monsieur Markett?

—No, pero le espero hoy.

—¡Está bien! Ya he llegado. Yo le recibiré.

—¿Cómo! ¿Tú quieres...?

—No quiero nada. Te hago la misma súplica que antes de mi partida. No cambies en nada tu vida ordinaria. Esto es lo esencial. ¿Puedes tú hacer algo? No.

—Esperemos entonces, y dejémonos guiar por los acontecimientos.

—Permíteme, sin embargo, amiga mia, te repita lo que decia á tu hermana hace un instante: si monsieur Markett no me encuentra aquí, irá á buscarme á mis oficinas.

—Es á mí á quien toca impedirle que vaya, dijo Luisa.

—¿Y cómo vas á hacerlo?

—Me costará gran trabajo decírtelo. Obraré segun las circunstancias y haré lo mejor.

—No dudo de nada, y confío en tí, repuso Jorge.

Cuando este se retiró, Luisa se detuvo algunos momentos con sus niñas, se informó de lo que habian hecho durante su ausencia, escuchó su incompleta charla, y despues se retiró á su cámara y se tendió en una butaca. Despues de aquella nueva noche, pasada en el tren, necesitaba dormir algunos instantes para encontrarse completamente despejada cuando tuviera necesidad; pero habia encargado á su hermana tuviese cuidado de la llegada de Mr. Markett y le avisara en cuanto le viese.

Bien pronto, en vez de dormir, logró dormir; de tal modo guardaban todos silencio á su alrededor. Marta, bulliciosa generalmente, se habia colocado en un rincon del gabinete de su padre. No chistaba, le hablaba en voz baja á sus muñecas y les recomendaba que fuesen juiciosas, para no despertar á su madre. Juana, sentada á su lado, mirándola con sus grandes ojos, imitaba su silencio; se la hubiera podido tomar por una de las muñecas.

Durante este tiempo, Alicia, que naturalmente no habia dado parte á ninguno de los criados de lo que ocurría, vigilaba desde la ventana de su cuarto la entrada de la casa. Deseaba ver llegar á Mr. Markett, para que su hermana, sin hacerle esperar, tuviese tiempo para despertarse y pasar al salon. Desconfiaba de sí misma y temía si se encontraba sola con el que tan formidable era en aquel momento, decir alguna frase imprudente, cometer alguna falta.

Acaso tuviera algun otro motivo para desear la inmediata presencia de su hermana y evitar una entrevista. Antes de urirse tan dramáticamente á su vida, Markett habia sido el año anterior en muchas ocasiones, su huésped cuando venia á comer á su casa, su compañero en algunas expediciones campestres, y su caballero en el baile. Sin saberlo, se sintió inclinada hácia aquel jóven de sonrisa benévola, de mirada leal. Le habia comparado á muchos de los jóvenes que se encuentran en la sociedad, y le encontró su-

perior á todos. No habia duda de que el corte de sus vestidos, sus sombreros exportados de América, sus grandes cuellos de camisa, rectos y tiesos, su traje con frecuencia descuidado, podian ser criticados por nuestros elegantes. Sus maneras mismas, su aspecto, su tono, su carácter, no tenian esa delicadeza parisiense que tiene su valor especial. No comprendia todas nuestras lisonjas, no hablaba nunca sin necesidad, y no penetraba el sentido de mucho de lo que se decia delante de él. Pero en cambio, hablaba juiciosamente, con calma, parecia instruido y juzgaba todas las cosas con sensatez. No admitia que se burlasen, ni aun en broma, de ciertas cosas respetables; se revelaba contra las malas acciones; se entusiasmaba con las grandes y dignas de elogio, y expresaba con firmeza sus entusiasmos. Habia conquistado por completo á Mlle. de Servan, el dia en que ella supo que encontrándose en París durante la guerra de 1870, se habia apresurado á establecer una ambulancia asistida por los mejores cirujanos, sufragando todos los gastos sin aceptar la menor remuneracion, la menor recompensa, sin permitir ni aún que mencionasen su nombre en los periódicos.

En el momento en que ella llegó á conocerlo de este modo, en que su aprecio era mayor, Markett abandonó repentinamente á París, bajo el pretesto de que negocios importantes le llamaban á América.

Después no oyó hablar más de él, hasta que regresó de nuevo á Francia. Esta vez, desde su llegada á París, tuvo la mala ocurrencia de confiar su capital á Jorge Leroy, y sus visitas, que Alicia en otras circunstancias acaso las hubiera deseado, la molestaban ahora.

De un personaje de comedia, que seduce y divierte, se había convertido, por efecto de la infamia de Mr. de Servan, en un personaje de drama, cuya sola aparición horroriza.

A eso de las cuatro, un carruaje se detuvo á la puerta que acechaba Alicia, y un hombre de elevada estatura, descendió de él. Mlle. de Servan reconoció á Markett, é inmediatamente se lanzó hácia la habitación en que se hallaba su hermana.

XIX

Cuando Markett fué introducido en el salón de Jorge Leroy, encontró á Luisa y á Alicia sentadas y trabajando al lado de la chimenea. Se adelantó hasta las dos jóvenes, y después de saludarlas, dijo á la dueña de la casa:

—Ciertamente, no esperaba ser recibido por vos, señora. No es el día en que acostumbrais á recibir, y suponía que vuestra puerta estaría cerrada.

—Esto me lo decís, sin duda, caballero, respondió Luisa tratando de sonreírse, para que yo no tenga que agradecer nada por vuestra visita.

—Lo digo, señora, sin ninguna mala intención, como digo todas las cosas, respondió el americano en un tono bastante frío. Pero soy algo torpe, y puede en efecto interpretarse mal mi pensamiento. Quería solamente decir que venía hoy á una cita dada á vuestro marido, y que á la vez pensaba tener el gusto de presentaros mi respetos.

—Pues bien, mi querido Mr. Markett, os habeis engañado, dijo Mme. Leroy, es á mi hermana y á mí á quien encontráis al amor de la lumbre, y en cuanto al que vos venís á buscar, está en su oficina hasta las cinco; sin duda os espera allí, sin comprender que vos vendriais aquí.

—En ese caso, repuso Markett levantándose, mi deber es buscarle. Le rogué se encargase de cierto asunto en mi nombre, y no está bien que yo le haga esperar.

—Id, amigo mio, respondió Luisa sin pestañear. Mi marido, debe efectivamente, ser antes que mi hermana y que yo.. y los negocios antes que la amabilidad.

—¿Qué me quereis decir? pregunto Markett.

—Os quiero decir, contestó ella en tono amistoso, que no es justo nos hagais una visita tan corta.

—Un poco confuso, Markett, tomó asiento de nuevo, sin pronunciar una palabra. Acaso habia experimentado cierto placer al oirse reconvenir porque partia. En todo caso, la amabilidad de Mme. Leroy parecia haberlo dejado más satisfecho. Perdió la frialdad que habia mostrado á su llegada; el hielo estaba roto y se fundia ante la sonrisa de la jóven.

—¿De modo, dijo él despues de algunos instantes de silencio, que pasais frecuentemente los dias ocupadas en vuestras labores? Pues yo me figuraba que no se encontraba nunca en su casa á las parisien-

ses, que estaban siempre de paseo ó de visitas.

—Las hay tambien que viven muy retiradas, replicó Mme. Leroy. Se ocupan de su casa, de su interior, trabajando lo que pueden, y como es dado trabajar á la mujer. Muchas se encargan ellas mismas de la educacion de sus hijos, y cuando aún son muy pequeñitos, cosen para ellos como yo lo hago en este momento. Es un placer para una madre el poder decirse: «Este trajecito que todos admiran, soy yo la que le ha hecho.» Nada hay tan fácil para mi hermana y para mí, como el procurarnos este placer: no somos ricas, y desde muy jóvenes hemos tenido que servirnos nosotras mismas.

Decia todo cuanto venia á su mente, no teniendo más que una idea, un objeto; retener á Markett el mayor tiempo posible; hacer llegar la hora en que las oficinas de Jorge estuvieran cerradas. Hubiera hablado del teatro, del baile, de diversiones, ¿qué le importaba? Pero la casualidad hizo que la conversacion recayera sobre un asunto, que era precisamente el que podia interesar más á Markett y retenerlo más tiempo á su lado.

—Yo creo haber oido decir, repuso éste, que vuestro padre era rico.

Luisa se estremeció al oir estas palabras. Sin embargo, se dominó y replicó:

—Ha sido rico, es verdad; pero hace tiempo que perdió su fortuna.

—¿En especulaciones desgraciadas, sin duda? añadió Markett.

—Sí, en especulaciones...

—No siempre es uno afortunado, dijo él; pero en América, cuando uno ha perdido, empieza de nuevo. Yo me he arruinado dos veces y hoy soy rico, á pesar de eso.

—Mi padre no ha tenido esa dicha.

—Entonces, continuó Markett, despues de la muerte de Mme. Servan sois vos la que os convertisteis en madre de familia y la que ha educado á vuestra hermana, ayudada por vuestro ánimo y vuestra virtud.

—He hecho cuanto he podido, dijo Mme Leroy, y si conocieseis como yo á mi querida Alicia, verias que la cosa no era difícil!

Conmovida como estaba, madame Leroy se enternecia á medida que hablaba, y para ocultar su emoción, se inclinó hácia su hermana y la abrazó.

—Conozco bastante á esta señorita, decia Markett, conmovido él mismo, se la ve á través de vos, señora... y no es necesario veros mucho tiempo á las dos, ni cambiar con ustedes muchas palabras, para comprender la excelencia de vuestro carácter y de vuestro corazón.

Luisa, despues de grandes esfuerzos se habia re-
puesto, y sonriendo á su huésped.

—Os habeis vuelto francés, caballero, le dijo. Veo que nos lisonjeais.

—¡Lisonjas... yo! No digo más que lo que pienso... Envidio la suerte de Mr. Leroy. Yo hubiera querido ser preferido como él, por una mujer semejante á vos... Pero esta dicha no está sin duda para mí... ¿Es falta mía, añadió sonriendo tristemente, si no poseo el don de agradar?

Consiguió vencer su timidez habitual, y volviéndose hácia Alicia, le dijo:

—¿No sois vos de la misma opinion, señorita?

Interrogada así bruscamente, mortificada con diferentes cosas, de las cuales Markett ni Luisa nopodían darse cuenta, la jóven olvidó la situacion en la cual se encontraba, y respondió con orgullo, casi con dureza:

—Yo no puedo dar opinion sobre una cosa como esa, caballero; mi hermana, mejor que yo, puede responderos.

—¡Alicia! dijo Mme Leroy, asustada por esta actitud, por estas palabras y por el giro que tomaba la conversacion.

Peró Mr. Markett se habia levantado, y tan frio, como por extraordinario, se habia mostrado expansivo, le dijo á la jóven:

—Evitaré á vuestra señora hermana el desagrado de tener que darme una respuesta que de antemano me es conocida, puesto que en vano he esperado

hasta el último momento la mirada ó la palabra que podían retenerme... Adios, señorita, adios, señora; regreso á América para hundirme de nuevo en el torbellino de los negocios... Acaso me arruine de nuevo, pero esto no será sino una distracción para olvidar los pesares, y no pensaré entonces más que en rehacer una cuarta fortuna, así lo espero.

—Pero, caballero... quiso interrumpir, Mme. Leroy, quien creyó comprender en aquel momento.

—No me quejo de nadie, continuó Markett tristemente; estad segura de que no llevo de todos sino un grato y querido recuerdo.

Después de haber pronunciado estas palabras, con voz conmovida y tierna, se levantó, y echando una mirada al reloj, añadió:

—Ahora es ya demasiado tarde para dirigirme á la oficina de Mr. Leroy. Ya no lo encontraría allí; y además, no me siento dispuesto para ocuparme en este momento en cuestiones de interés. Servíos excusarme ante vuestro marido, señora, y decirle que será muy amable, llevándome á mi hotel el lunes por la mañana, lo que debía de entregarme hoy. Me despediré de él á última hora, puesto que partiré el lunes por la tarde ó el martes á más tardar.

Como Luisa, muy turbada desde hacia algunos instantes por las cosas inexperadas que acababa de oír, no sabiendo qué pensar ni qué decir, guardaba silencio, Markett, que se dirigía ya hácia la puerta,

se detuvo, y sacando un papel de su bolsillo:

—Aquí teneis, le dijo á Mme. Leroy, un recibo de cien mil francos firmado por vuestro marido, que él me ha dado en nombre de la casa. Servíos señora, dársele de mi parte.

Le alargó el recibo, y Luisa no se atrevió á tomarle. Le parecía que no tenía derecho para ello, que aquel recibo le iba á quemar los dedos, que su posición sería aun más comprometida si se le confiaba.

—Entretanto, Market, viendo su duda, añadió:

—Tomad, señora, yo os lo ruego; ¿no necesita vuestro marido llevarse este recibo á la caja para recoger el dinero?... En él, solo está puesta su firma; pero está hecho á nombre de la casa y ella es también responsable. En cuanto á mí, no tengo necesidad de él. La palabra de Jorge Leroy me basta... Adios, señora; adios, señorita.

Ni una, ni otra, efecto de sentimientos muy diversos, se atrevieron á tenderle la mano, y salió saludándolas.

XX

Cuando la puerta se cerró, Mme. Leroy se acercó vivamente á su hermana y le dijo con voz conmovida:

—Alicia, ¿has comprendido?

—La jóven no respondió. Sentada cerca de la chimenea, con el cuerpo inclinado hácia atrás, y la cabeza apoyada en el respaldo del canapé, miraba fijamente hácia adelante. Pero en aquella actitud abandonada, en aquella mirada medio nublada, en las delicadas arrugas de su frente y en la triste sonrisa de sus labios, era fácil comprender que habia oído á Luisa, pero que no queria responderle.

Sin embargo, habiendo repetido Mme. Leroy la pregunta: «Alicia, ¿has comprendido?» le contestó secamente sin cambiar de actitud:

—¿El qué?

—Que de todas las palabras de Mr. Markett, exclamó Luisa, se desprende claramente que no ha

podido verte sin amarte... Ha concebido esperanzas, despues las ha perdido, y por esto es por lo que regresa á América.

—Te engañas, dijo Alicia siempre impasible.

—No me engaño, no puedo engañarme. Acuérdate de las palabras que me ha dirigido; todavía están impresas en mi mente: «Envidio la suerte de Mr. Leroy; yo hubiera querido ser preferido como él por una mujer semejante á vos... pero esta dicha, no está para mí. ¿Es defecto mio, sin duda, sino he sabido agradar?

—Y bien, repuso la jóven, ¿qué prueban esas palabras?

—Que si tu le hubieras amado, él hubiera sido dichoso casándose contigo.

—Pues bien, yo no le amo, esto es todo.

—¿Cómo dices esto? Se podria creer que lo dices á causa del despecho ó de la cólera.

Alicia levantó vivamente la cabeza y respondió:

—Despecho ¡oh! no. Despues, murmuró de modo que su hermana no pudo oirla; cólera, puede ser.

Luisa se habia sentado entretanto en el canapé á su lado, y le habia tomado la mano.

—Convengamos en que no le amas. Nada tengo que decir á esto, aunque no me explico ciertas palabras que te se han escapado algunas veces... Pero luego tocaremos este punto; tú no tienes secretos para mí, al ménos así lo supongo... En este momento, no

veo más que una cosa, ni pienso más que en una cosa: Mr. Markett, parte el lunes, reúne como es natural sus fondos, y espera á Jorge el lunes por la mañana para recibir de él los cien mil francos que le ha confiado... Segun se desprende de la conversacion que hemos tenido, tenemos una prórroga de algunas horas; pero solamente de algunas horas. Pasado mañana, nuestro amigo exigirá, y mi marido estará perdido... Y bien; ahora te pregunto yo, Alicia, (y al hablarte, no es la hermana la que te habla, si no la madre de familia) ¿no has podido hallar en tu corazon una palabra, que sin salvarnos, hubiera retardado aún la hora de nuestra pérdida?

—¿Y qué palabra? dijo Alicia.

—¡Oh! exclamó Luisa, alejándose de su hermana; no te comprendo. Una frase, no importa cual, pero ménos dura que tus monosílabos... una simpleza, lo que te hubiera parecido... Un pesar por verle partir. Además, que bien le eres deudora de eso... El invierno pasado se ha mostrado siempre contigo muy atento.

—¿Y por qué, contestó la jóven levantándose, y con acento más animado, por qué no le has dicho tú misma esa frase, y le has demostrado ese pesar?

—Porque de mi parte, esas amabilidades no hubieran tenido ningun valor. A tí, es á quien el queria oír; tu voz es quién le hubiera agrado; una de tus miradas es quien le hubiera detenido... Yo esperaba

que así lo harías... que habrias comprendido mi deseo... Lo que has hecho, ha sido excesivo, descortés, en la situacion apurada en que nos encontramos... ¡Ah! por salvar á mi marido y á mis hijos, soy capaz de todo... Por salvar á tu hermano y á esos pequeños seres, á los que dices adoras, bien podias haber pronunciado esa palabra, haber hecho un gesto.

—No, respondió Alicia con firmeza, puesto que ese gesto y esa palabra que tu pides, hubieran sido inútiles.

—Nos hubieran salvado, repuso Luisa, te digo que él te ama.

—Y yo te digo que no me ama.

Y añadió en voz baja: No es á mí á quien él ama. Luisa la habia oído.

—¡Qué no es á tí! exclamó; ¿pues á quién?

Alicia, de pié ante la chimenea, bajó la cabeza y se calló. Luisa se aproximó á su hermana, y tomándole las manos:

—¿Qué quiéres decir? le preguntó en tono de autoridad.

—No, no debo hablar, respondió Alicia ya casi vencida, sin fuerza para resistir mucho tiempo. Tu estás casada, eres madre. Puesto que nada has adivinado, no quiero herir tu delicadeza, turbar tu honradez.

—¿Qué significa esto?... ¿Qué entiendes tú por eso?... Mi honradez... mi delicadeza...

—De pronto se detuvo; porque creyó que habia comprendido:

--¡Ah! dijo sonrojándose, ¿qué es lo que piensas?... ¡Cómo! tu crees... ¡Oh! te engañas.

--No, no, replicó Alicia, cada vez más conmovida, con la cabeza apoyada en el hombro de su hermana, no me engaño... Al principio, es verdad, cuando él venía, pensé, creí que sus miradas se dirigían á mí... y en mi interior, me alegraba... Pero, después, mis ilusiones desaparecieron... sus atenciones, sus elogios, su admiración eran para tí.

--¡Para mí! ¡Para mí! dijo Luisa; eso es imposible; te digo que es imposible... ¿Cómo he podido dar fe por un instante á tus suposiciones?

--Sí, me explicó eso perfectamente, dijo Alicia, Tu no admites que al verte pueda un hombre concebir pensamientos culpables... Pero yo no soy ya una niña, hermana mía... Tengo casi tu edad y hemos aprendido mucho al lado de nuestro padre... Veo, observo y comprendo... Primero, creyó él que le habías adivinado... Ha esperado y ha regresado á Francia con la intención de fijarse en ella. Luego, en este último viaje, ha reconocido la inutilidad... la locura de su amor, y parte después de haberse dado á última hora, él así lo cree, la satisfacción de haberte manifestado sus sentimientos.

--¡Cómo! era á mí á quién dirigía sus palabras?...

--¿Era de mí, de quien esperaba una palabra para detenerse?

--Sí, sí.

--¿Estás segura de lo que dices?

--Estoy completamente segura, respondió Alicia, tristemente.

Madame Leroy se resistía aun á creer lo que decían. Se había sentado y guardaba silencio, interrogando á su memoria, tratando de recordar todos los detalles en los cuales no se había fijado otras veces. Este escrutinio del pasado, y los recuerdos que venían á su imaginación, dieron sin duda la razón á su hermana, porque de pronto se levantó, y paseándose con agitación, pálida, murmuraba:

--¡Qué audacia! ¡Qué insulto! ¡Y este hombre que acaba de ultrajarme, que se ha atrevido delante de mi hermano á hablarme de su amor y á hacerme comprender su esperanza, es ante el que yo temblaba, á los pies del que he estado á punto de arrojarme... para implorar su piedad, para pedirle gracia!...

--Y volviendo junto á la chimenea, hablando esta vez á su hermana Alicia:

--Loado sea Dios, continuó, su insolencia nos desembaraza de todo miramiento y de toda humillación hacia él... No, yo no dejaré que este hombre deshonre á mi marido, ni á mis hijos... ¡Su dinero!... ¡Y bien! se le devolverá... pero tendremos á nuestra disposición todo el tiempo que nos dé la gana, para devolvérselo.

--¿Qué quieres decir? preguntó Alicia.

—¡Cómo! ¿No me comprendes? Repuso ella, más exaltada aún con todo lo que había dicho. ¿No me comprendes? Este recibo que acaba de entregarme para Jorge, es la única arma que tenía contra nosotros, la sola prueba. Este trozo de papel una vez quemado, que desaparezca, no queda ya nada... nada más, que nos acuse.

—¡Oh! hermana mia, dijo Alicia.

—¿Qué? ¿Qué temes?... ¿Crees que quiero robarle? Se lo pagaremos, te lo repito... pero no estaremos sujetos á él.

—La jóven se aproximó á Luisa, y apoyando una mano en su brazo, le dijo con acento tranquilo:

—No, hermana mia, no tienes derecho para hacer eso.

—¿Hé? ¿Qué dices? Repuso Mme. Leroy, como si despertara sobresaltada de un sueño muy profundo.

—Digo, que tu marido te reconvendría y no lo consentiría.

—¡Ah!... ¿Tú crees?...

Mme. Leroy reflexionó un instante, y después exclamó:

—¡Es verdad, es verdad, estaba loca! Y arrojándose en brazos de Alicia: gracias, añadió, gracias hermana mia, por haberme hecho dominarme, por haberme vuelto la razón.

XXI

Cuando Jorge Leroy regresó á su casa, supo que Mr. Markett, renunciando á buscarle en su oficina, había concedido una próroga de veinticuatro horas. Luisa creyó no debía de hacer mencion del giro que había tomado la conversacion, de las ideas de Alicia, ni de las suposiciones que la actitud y el lenguaje de Markett hacian concebir. Por lo demás, ¿qué cambio podia traer á la posicion en que se hallaban los tres, el descubrimiento que acababan de hacer? ¿Desapareceria el acreedor al presentarse bajo otro aspecto? En su primer arranque de indignacion, madame Leroy pudo pensar en deshacerse del recibo de los cien mil francos, librando así á su marido de toda obligacion con aquel que queria deshonorarle. Pero entonces se sonrojaba de un pensamiento tan indigno, que solo la turbacion de su espíritu y la fiebre de que estaba poseida, podian disculpar. Comprendía, por el contrario, que la situacion de Jorge para con